



25 DE NOVIEMBRE



CARTA A UN PADRE

Empiezo esta carta sin saber muy bien cómo poder encabezarla. Han pasado muchos años desde que todo eso pasó y en verdad creo que no te mereces ni que te dedique estas pocas palabras. Vivo con mis abuelos maternos ya que mataste a mamá cuando yo era pequeña. Si te digo la verdad, no me acuerdo mucho de ella, era demasiado pequeña cuando todo eso pasó. Ahora tengo 20 años y soy feliz. Todavía me acuerdo del día en que los abuelos se

sentaron a mi lado, se miraron a los ojos y se dijeron que era el momento, era el momento de que supiera la verdadera historia de mis padres. Me contaron que a los 16 años os conocisteis, que tú no eras del pueblo pero que venías todos los fines de semana a ver a mamá, que erais muy felices y que la querías y por eso decidisteis iros a vivir juntos, aunque mis abuelos no se lo tomaron muy bien, pero sabían que la hacías muy feliz. Pasaron los años y seguíaís con la misma ilusión del primer día y, por suerte los dos teníaís un buen trabajo y por eso os podíaís pegar algún que otro capricho. Mamá empezó a querer formar una familia pero tú decías que era pronto, que no estabáis preparados. Pasaron los años y mamá se quedó embarazada, erais muy felices porque sabíaís que íbais a tener un bebé precioso, pero en una visita al médico hubo un problema, mamá no podría dar a luz ya que el bebé venía con problemas y decidisteis abortar. Mamá, tras el aborto, se sentía mal porque los dos teníaís muchas ganas, pero tú cambiaste, ya no eras el mismo marido que la hacía feliz, no la apoyabas y le decías que eso había sido por su culpa. Empezaste a salir más al bar y llegabas a casa un poco borracho, le gritabas y la llegaste a empujar por no tener la cena caliente cuando llegabas a casa. Mamá estaba un poco asustada, pero decidió pasar del tema. Con los años todo seguía mal, seguías llegando a casa borracho y llegaste a hacerle numerosas heridas, graves, pero ella las escondía con un "me he resbalado limpiando la casa". Al año siguiente, mamá se volvió a quedar embarazada, tú ya no tenías tantas ganas, pero mamá sí y,

justo ahí, llegué yo, una niña un poco llorona y guerrera por las noches, te molestaba y no te dejaba dormir y mandabas a mamá al sofá a dormir conmigo.

Seguíste insultándola y la pegabas, pero ahora no solo ella sufría, yo también llegué a sentir tu mano en mi cara con tan solo 3 añitos. Mamá no podía soportarlo más y decidió plantarte cara, pero tú eras más fuerte que ella y le hacías mucho daño. El día que mamá decidió decirte lo que sentía tú no abriste la boca y fuiste directo a la cocina, cogiste aquel cuchillo y sin pensártelo se lo clavaste. Cuando acabaste decidiste llamar a la policía y te fuiste de casa, me dejaste sola con solo 4 años, pero al llegar la policía me llevaron con los abuelos y se encontraron a mamá tirada en el suelo. A los pocos días apareciste y te metieron en la cárcel donde llevas 16 años y ojalá te quedes ahí mucho tiempo más, porque es lo que te mereces.

Nunca te he visto en persona, siempre en fotos, pero no tengo ninguna gana de saber bien cómo eres, ya lo demostraste en su momento. A pesar de la infancia que me tocó pasar, ahora soy feliz con mis abuelos maternos ya que tu familia no quiere saber nada de mí, ellos piensan que la culpa de que estés tú ahí dentro fue mía al nacer, pero en verdad no saben la clase de persona que eres.

Ana Quirce Bernal 1ª BCH

DESDE ALGÚN LUGAR ...

Cuando te conocí se paró el tiempo. El planeta dejó de girar y de repente tú llenabas todo el universo. Mi mundo giraba en torno a tí. Cada minuto que pasábamos juntos era único e inigualable. Los días pasaban y yo estaba más y más enamorada. Tú me repetías lo mucho que me querías y yo, como una niña tonta e ingenua, me lo creía.

Pasaron los meses y yo estaba segura de que eras el amor de mi vida y que nuestro amor perduraría por siempre.

Conforme pasaban los días, tú te volviste cada vez más esquivo y brusco conmigo. Yo no entendía el porqué, pero siempre te excusabas con que tenías un mal día y simplemente lo pagabas conmigo sin darte cuenta.

Con esto llegaron las primeras discusiones en las que tú me gritabas y me insultabas sin razón, yo lo aguantaba, pues estaba locamente enamorada y no podía ver más allá. Yo sentía frustración ya que no podía hacer nada para que nuestra relación volviera a ser como antes.

En las largas y oscuras noches en las que tú desaparecías sin dar ningún tipo de explicación, yo me quedaba llorando en cada rincón de la casa recordando todo aquello que fuimos.

Las lágrimas caían y con ellas llegaron los primeros empujones, tú me decías que no hacía bien las cosas, y que por ello me merecía todos esos gritos y empujones. Cada día estaba más segura de que todo lo que me hacías era porque yo me lo merecía o eso me hacías creer.

Una noche de esas en las que me dejaste sola, oí unos fuertes golpes en la puerta, mi corazón empezó a latir más y más fuerte, el miedo se apoderaba de mí a cada paso que daba hacia la puerta. Sabía que eras tú. En cuanto abrí la puerta, te ví, te balanceabas hacia los lados y tenías un fuerte olor a alcohol y tabaco. Me empezaste a gritar, me pegaste un fuerte empujón, y yo acabé tirada en el suelo. Tú no tuviste compasión y me empezaste a dar fuertes patadas y a descargar toda tu ira contra mí. No me quedaban fuerzas para levantarme del suelo y permanecí ahí tirada durante unos minutos. Yo tan solo quería acabar ya con todo esto. De repente, fuiste a la habitación y cogiste una barra de hierro que tenías en tu armario. Viniste rápidamente hacia mí y empezaste a darme fuertes golpes. La sangre empezó a brotar por todo mi cuerpo. Estaba llena de heridas. Yo lloraba desconsolada, pedía ayuda pero no obtenía respuesta.

Te miraba a los ojos, ojos llenos de ira en los que no encontraba ni un ápice de compasión hacia mí. Me seguiste pegando hasta que, de repente, paraste y te dirigiste a la cocina. Allí cogiste un cuchillo del cajón. Yo aterrada te miraba incapaz de moverme. Viniste hacia mí y sin piezas me clavaste el cuchillo en el costado derecho y luego en el estómago. Acabaste conmigo. Ese fue el fin. Mi fin. El fin de una historia más que podría haber acabado de otra forma si yo me hubiera dado cuenta antes de la clase de persona en la que te habías convertido.

Yo, que desde el principio moría por tí,
tu, acabaste matándome.

Lucía Frías 1º BACH

MI SALVACIÓN

En ese momento desperté
mi vista difuminada
no recordaba nada
de antes de desfallecer

Solo yo divisaba
más o menos por encima
esa última bofetada
que mi cara recibía

En ese momento oía
el ruido de la cuchara
con la que tú removías
el café por las mañanas

Sentado en la silla estabas
silla que estaba coja
silla con la que me golpeaste
una vez detrás de otra

Sin fuerzas yo me encontraba
y volví a desfallecer
aunque al rato yo escuchaba
que mi vida la salvaban

Eran los policías
que la vecina llamó
gracias a esa llamada
mi vida prosiguió

Y ahora ayudando estoy
a mujeres que sufrieron
la misma desgracia que yo.

Lucía Elices 1º BACH.

GUERRA AL SILENCIO

Un hombre le juró su amor
prometió tratarla bien
y de todo aquello se olvidó.

Con la cara hinchada, por algo más que la tristeza
golpe a golpe aguantó la violencia.
Día a día sumida en la frustración
viviendo en su silencio y el de la humanidad.

¿Por qué la condena hoy la sociedad corrompida?

Con los ojos rojos de tanto llorar
y el cuerpo amoratado
quiso defender su escasa libertad.
Dándose cuenta de que las patadas

no pueden a la verdad.
Quiso romper las cadenas
que la ataban al machismo y la discriminación.

Mujer, aún sigues viva, aguantaste sus golpes
reventando en tus entrañas su miseria.

Mujer, tú que tanto has sufrido
ahora mereces tu propia libertad.
Ensénale a la sociedad
que nadie puede oprímíros así.
Que todo lo que tiene que ver con la violencia
debe de tener un fin.

MALENA y ESTHER 1º BAC.

LOS SILENCIOS

Recuerdo el día en que te conocí. Era un martes gris y la lluvia caía despacio. La biblioteca bullía. Entre ruidos y susurros sobresalía el cansino respirar del aire caliente. Cuando te acercaste y comenzaste a hablar sobre el libro que sostenían mis manos, yo te sonreí y respondí con unas escuetas palabras. Al descubrir que a los dos nos gustaban los mismos libros, acordamos que nos veríamos todos los días allí, a la misma hora.

Una ilusión adolescente y pueril me inició en la locura del amor y me torturaba en las distancias.

Me doblabas la visión, la inteligencia, la edad, me doblabas hasta la ilusión por vivir, pero yo sólo anhelaba tus presagios, tu futuro, el atardecer en tus ojos y el naufragio tibio de tus labios. Anhelaba tu amor.

Mis padres no estaban a favor de nuestra relación pero yo te quería, por lo que decidí alejarme de ellos, de mis amigos; de todas las personas conocidas, solo por tí, por lo que te amaba. Los primeros meses fue todo bien. Yo te quería y tú a mí. El resto no importaba; nada importaba.

Los días transcurrían despacio, levemente, mientras entre nosotros se edificaba un leve muro que engrosaba cada día. Cada minuto de silencio alargaba las ausencias.

Y el silencio se convirtió en alarido de dolor por tu fuerza. En pereza por las bofetadas amorosas, en la dejadez de los desprecios por amor.

Amor, te quiero.

Bésame, amor, esos ojos, tan hermosos en otro tiempo, ahora flácidos y morados por tu amorosa prepotencia. Yo te quiero amor y te deseo.

Eres mía, amor, de nadie más.

Estás sola.

Eres mía. Fría o muerta, mía

El tiempo ha transcurrido, como siempre, lento, ingravido. Las heridas han curado, el horror se ha transformado y ahora vivo.

Quizá sola.

Quizá feliz.

Elvira Martínez Boderó 1ºBHC

DE NIÑA A MUJER MALTRATADA:

Desde que era pequeña soñé con ese día, un día lleno de magia y amor, un día que marcaría el resto de mi vida, un día que haría que los recuerdos de aquel momento nunca se marchitaran en mi cabeza...

Desde que era pequeña, soñaba con el día de mi boda.

Este sueño fue creado gracias a mis padres, a los que veía felices en su matrimonio. Su relación era, y sigue siendo, como de cuento de hadas y eso me hacía imaginar que mi vida sería igual, que tendría el mejor marido del mundo, como mi padre, y que yo sería la mejor esposa, como mi madre, que nos repartiríamos las tareas de la casa, que tendríamos hijos, que sabríamos compaginar nuestros trabajos con la familia y la casa, que seríamos tan felices como lo era yo con mi madre y mi padre.

Ese sueño empezó a crecer a la vez que yo lo hacía. Pasaban los años y tanto mi mente como mi cuerpo comenzaron a experimentar ciertos cambios. Terminé el colegio y empecé secundaria, el cambio fue algo duro, pero siempre fui una chica muy camaleónica, capaz de cambiar y adaptarme a cualquier entorno.

Fue duro al principio, pero ví que con un par de cambios y organización podría con ello.

Terminé el instituto con muy buena nota y muchos amigos, y triste pues nuestros caminos se separaban.

Durante mi etapa de bachillerato le conocí, no le había visto en mi vida, pero le miré pensando que era el amor de mi vida desde el primer día que entró en clase.

Pensé que nunca se fijaría en mí, que preferiría a cualquier otra, que no era lo bastante buena para él. Durante el tercer trimestre, cuando casi había decidido olvidarme de él, ocurrió todo... nos mandaron un trabajo en grupo y me pusieron en el mismo grupo que a él, empezamos a hablar, mucho, muchísimo, hasta que un día me invitó a ir al cine, solamente como amigos, acepté y nunca olvidaré esa mágica tarde...

Durante la película, me abrazó varias veces hasta que al final nos besamos... recuerdo ese momento como si hubiese sucedido ayer. Después de esa tarde comenzamos a salir.

Terminamos el primer curso de bachiller, llegó el verano e intentábamos vernos todos los días, aunque él estaba en su pueblo, intentaba ir todos los días con la moto a verme. Gracias a esas muestras de afecto, comencé a sentir por él lo que nunca había sentido por nadie...

Comenzó el segundo curso y continuábamos en la misma clase, lo cual hacía que nuestra relación fuese mucho más fuerte, ya que nos veíamos a todas horas, y cuando nos marchábamos a casa, estábamos toda la tarde mandándonos mensajes.

El segundo curso terminó y con ello comenzó nuestro miedo a perdernos, iba a empezar la universidad y me habían

aceptado en Ávila, mientras que a él se iba a Toledo. Ya no nos veríamos todos los días, ya no sentiríamos eso que sentíamos el uno por el otro, nuestra relación terminaría para siempre.

Después de hablarlo, decidimos darnos un tiempo, decidimos que durante los 4 años de carrera no estaríamos juntos y que en el momento de terminar, si no hubiésemos encontrado a nadie y tuviésemos, aunque fuesen unas pequeñas cenizas de ese gran amor, podríamos volver a estar juntos y crear un gran fuego como el que tuvimos durante un año y medio.

Nos despedimos, fue una despedida muy triste, ambos lo pasamos muy mal, pero conseguimos continuar con nuestras vidas y centrarnos en nuestro futuro, en terminar la carrera y sobre todo, en pensar en que esas cenizas después de 4 años podrían seguir existiendo y podría volver con él...

Los años pasaron lentos, la universidad fue una de las mejores etapas de mi vida, me independicé, aprendí a valerme por mí misma y por fin estaba estudiando aquello que de verdad me interesaba: derecho.

Mi sueño de convertirme en abogada había entrado en mi cabeza un día en el que presencié un juicio en el que a una mujer le habían quitado a sus hijos por tenerles retenidos en casa, sin escolarizar y en condiciones pésimas. Este hecho, más mi propio sueño de casarme y tener hijos, activaron en

mí un sentimiento nuevo. Desde aquel momento soñé con ser abogada, tanto para poder arreglar problemas de violencia infantil, como de violencia de género y poder luchar contra aquellas dos injusticias que creaban en mí un fuerte y profundo deseo de justicia.

Terminé la carrera y me licencié en derecho.

Pasó tanto tiempo que por un momento le olvidé, no volví a pensar en él, tuve un par de romances durante mis cuatro años de universidad, pero nada que terminase bien, por ello, el último año me centré en la carrera, tanto me centré que le olvidé.

Transcurrió medio año más y comencé a trabajar como becaria en un bufete de abogados en mi ciudad, fue entonces cuando una noche me llegó el mensaje, un "hola, princesa", era él...

Comenzamos a hablar de nuevo, le conté todo sobre mi nueva vida, él me contó que había dejado la universidad en el segundo año, que su madre había fallecido y que ahora trabajaba con su padre. Después de todo esto, quedamos para tomar un café. Cuando le ví, no le reconocí, estaba muy cambiado, pero seguía teniendo aquella chispa que me enamoró la primera vez que le ví.

Un mes más tarde, todo volvió a la normalidad, comenzamos a salir de nuevo, me hacía muy feliz y yo intentaba que olvidase todos aquellos demonios que le comían la cabeza. Teníamos días buenos, días de discusión, pero éramos muy felices, por lo menos era así como yo lo veía.

Después de dos años de relación y cada uno con un trabajo más o menos estable, decidimos irnos a vivir juntos, después de eso y un par de ascensos en mi trabajo, decidió pedirme matrimonio... Por fin había llegado aquel día con el que había soñado toda mi vida. No me podía creer que lo hubiese logrado. Acepté, recuerdo perfectamente, el recorrido que realizaron las lágrimas en mi cara, recuerdo perfectamente, que ese día firmé mi certificado de defunción.

Desde aquel día todo llegó muy rápido, empezaron los cambios de humor, el estrés por los preparativos, las discusiones tontas que hacían que estuviésemos días enteros sin hablarnos, ...

Llegó el día de la boda, un día que nunca olvidaré, la sonrisa de mis padres al ver mi sueño hecho realidad, todo fue de cuento de hadas.

Tiempo después, decidimos crear una familia y tuvimos una niña preciosa, quien a la vez que trajo alegrías, también bastantes gastos. Tuve que pedir un ascenso y mi marido buscarse un trabajo mejor, después de otro año más y algo más de dinero, decidimos comprarnos una casa. Criábamos a nuestra hija e intentábamos saldar nuestras deudas como podíamos...

En el cuarto cumpleaños de la niña, a mi marido le echaron del trabajo por beber en horas de empleo, esta noticia nos afectó mucho económicamente, ya que comenzamos a tener muchas deudas y no poder con ellas. Tuve que hacer turnos extras y ocuparme de otros casos para poder pagar la luz, el

agua... mientras tanto, mi marido comenzó a beber y a regresar todas las noches borracho, gritando, lo cual asustaba a la niña...

No sabía qué hacer. De repente, todo el mundo estaba bajo mis hombros. Después de un tiempo, esas noches en las que mi marido llegaba borracho, empecé a verle con otros ojos, ojos de miedo, los mismos ojos con los que mi hija le miraba.

Un mes después empezó todo... una de esas noches mi marido y yo discutimos, le dije que quería que cambiase su comportamiento, que estaba harta de partirme los cuernos por él, que buscara un trabajo, que necesitábamos dinero, que quería que volviese la persona de la que me enamoré. Su respuesta aún resuena en mi cabeza, se levantó, se acercó a mí y levantando su brazo derecho, me amenazó. Me dijo que la próxima vez que se me ocurriese reprocharle algo, lo iba a pagar caro. Después de esas palabras, me empujó, a lo que yo contesté con un gemido de miedo. Él se giró y me agarró del pelo, yo sollozaba y temblaba. Él reía. De pronto apareció mi niña por la puerta, asustada por el ruido que estaba escuchando, la niña empezó a llorar cuando vio aquella escena, su padre se lanzó hacia ella gritándole que se callase. En un arrebato, por miedo a que hiciese daño a mi hija, me abalancé sobre él para apartarle de la pequeña, él se giró y recibí un puñetazo que provocó una hemorragia en mi labio. Mi marido, al verme sangrando, se dio cuenta de lo que había hecho y empezó a pedirme perdón, yo me aparté de él con mucho miedo y mi niña lloraba, fue en aquel

momento en el que mi gran sueño de casarme y tener una familia se derrumbó por completo.

Cogí a la pequeña y la llevé a su habitación mientras intentaba cortar la hemorragia, la deje intentando dormir. Fui al servicio a lavarme la herida e intentar tranquilizarme. Rompí a llorar al ver mi rostro en el espejo, el rostro de una mujer cansada de aguantar aquella vida, cansada de vivir...

Mi marido llegó al servicio. Con mucho miedo cerré la puerta, él me pidió perdón y quería entrar, no le dejé.

Al salir del baño no estaba, decidí pasar la noche con la niña, intentando que por lo menos ella pudiese descansar.

Me pasé la noche en vela, desperté a mi hija, la vestí, desayuné con ella y se marchó al colegio con una vecina que la lleva todos los días, yo me fui a mi habitación a cambiarme para poder irme a trabajar, mi marido no estaba por ninguna parte. Me maquillé para que se notase lo menos posible la herida y me fui a trabajar.

Al volver a casa, mi marido estaba en el salón, me llamó, fui con mucho miedo, me pidió perdón de nuevo, las palabras no salían de mi boca, era incapaz de formular cualquier palabra, cuando por fin pude decir algo, solamente dije no.

No podía perdonarle, llevaba mucho tiempo sufriendo y no quería seguir pasándolo mal, no podía seguir así...

Mi marido se quedó callado, yo me marché a mi habitación llorando...

Diez minutos después entró él, me miró y me dijo que si no era de él, no sería de nadie.

Levantó su brazo y ví el cuchillo, intenté persuadirlo, grité, lloré, pero él avanzaba hacia mí.

Rápidamente me metí en el servicio de mi habitación y cerré la puerta, él empezó a dar golpes y a gritarme, no sabía qué hacer, estaba muy asustada. Fue entonces cuando cogí mi teléfono y llamé a la policía...

Fue arrestado y dos años más tarde entró en prisión.

Meses después me llegó una notificación de que se había suicidado en su celda.

Desde aquel día, mi vida cambió para siempre, ahora soy una mujer nueva, libre y con toda la vida por delante.

Continué ejerciendo como abogada, pero me especialicé en casos de violencia doméstica. Con mi experiencia como mujer maltratada puedo empatizar mucho mejor con las personas que están pasando por lo mismo por lo que yo pasé.

Mi niña ya cumplió 8 años y, desde aquel día, ya no es la misma, siempre le hablé de mi sueño y es ella la que me anima a buscar a otra persona que me ame tanto como yo la amo a ella, que el amor no tiene la culpa de lo que pasó y que está segura de que Cupido, la próxima vez, acertará.

Daniel Álvarez 1º Bachillerato



Ni
UNA
MÁS